

Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar, Daniel Hiernaux, coordinadores,

Lugares e imaginarios en la metrópolis

Editorial Anthropos, España.

Desde los años 60 y 70, el llamado “vuelco cultural” (S. Hall) ha intentado situar al centro de los estudios sobre la ciudad los modos complejos y, por lo tanto, interdisciplinarios, en los que los espacios urbanos adquieren significados y los deseos, sueños, paradigmas y estructuras de poder que sus habitantes proyectan sobre ellos. El espacio deja de ser un mero receptáculo de las actividades humanas, sino que se re-define como lugar, como “acumulación de sentidos” (p. 13), como materialidad dotada de contenido simbólico y, por lo tanto, como interpretable. En ese contexto, los habitantes simultáneamente crean a la ciudad como lugar y orientan sus acciones en ella a partir de sus imaginarios, las formas, imágenes, percepciones, textos y discursos con los que la hablan y la fantasean.

Sin embargo, a pesar de la importancia que tienen estudios de este tipo en América Latina -sería imposible soslayar los aportes de García Canclini, Rama, Romero, Sarlo, Martín Barbero, Giannini y tantos otros-, el vínculo entre los estudios sobre los imaginarios y representaciones sociales sobre la ciudad y los estudios cuantitativos desde el urbanismo, la geografía humana y la planificación urbana todavía son débiles, o así parecen pensarlos los autores de los ensayos incluidos en el libro *Lugares e imaginarios en la metrópolis*.

En cuanto propuesta, estos ensayos se definen explícitamente, si no al margen de estos estudios, sí, al menos, como una referencia a lo que el discurso académico, percibido como tradicional, ha dejado fuera. Ahí está la micro-historia, la subjetividad de lo cotidiano, de lo pequeño, puesta en relación, a veces excluyente, pero generalmente complementaria, con la macro-historia que cuentan las encuestas, los

informes periodísticos o las políticas oficiales. Así, la mayoría de estos textos incluyen afirmaciones y aclaraciones como “históricamente la arquitectura y la planificación urbana (...) han sido áreas ampliamente dominadas por los hombres. Como resultado de ello ha surgido una visión del espacio urbano homogéneo y ‘desgenerizada’” (p. 68), o “aun cuando la trama urbana de Santiago en el último decenio se ha tejido en torno a la inseguridad y el fenómeno se ha cuantificado, medido y difundido extensivamente, poco se ha indagado por los significados y creencias que han construido esta creciente inseguridad” (p. 109), que ponen en evidencia esta distancia, definida también como una carencia.

Se reflexiona sobre la fractura pero, sobre todo, se hace el ejercicio empírico de cruzarla, de aplicar las categorías de los estudios culturales urbanos a casos reales ya visitados por otros acercamientos metodológicos. Así los ensayos proponen una “reflexión con un fuerte espíritu interdisciplinario” (p. 9) en tres niveles: el marco teórico particular, las estrategias metodológicas adecuadas para cada análisis empírico y, por último, la “mirada holística” (p. 9) hacia la ciudad como lugar y los imaginarios urbanos.

La introducción propone tres recorridos temáticos -la construcción social de los espacios centrales, los espacios del miedo y la apropiación/pertenencia e identificación de y con los espacios públicos- que esta reseña conservará en favor de la coherencia en su análisis de algunos de los ensayos. Sin embargo, la ausencia de una división en capítulos y la repetición de ciertos conceptos, no necesariamente secundarios -como por ejemplo, la visualización de los medios como propagadores de imaginarios de ciudad, la relación y separación imaginaria entre el centro y la periferia, el vínculo entre espacios públicos y democracia en Iberoamérica o la experiencia estética como parte del proceso de identificación- sugieren la posibilidad de una lectura

más compleja en la que los ensayos pueden interactuar de maneras múltiples. De ahí una alerta al futuro lector: busque esas posibilidades de relación y no se limite a las definiciones que los títulos proponen.

El centro: mapas y territorios

Que el mapa no es el territorio, como repetía Bateson citando al lingüista polaco Alfred Korzybski, que las representaciones que hacemos de la realidad no se ajustan a ella o, dicho de otra manera, que la realidad se nos escapa siempre por los bordes del lenguaje con la que intentamos pensarla y decirla, es la premisa central detrás de los artículos de este libro que tratan sobre el centro de la ciudad. En resumen, cada vez se hace más evidente que los modos en que pensamos el centro histórico de la ciudad tienen poco que ver con los usos que le damos.

Así, por lo menos, lo hace patente Armando Silva en “Centros imaginados de América latina”, que tiene como base los estudios sobre los imaginarios de trece ciudades iberoamericanas emprendidos por el Convenio Andrés Bello y que el propio Silva coordina. El ensayo propone una distinción inicial entre la ciudad material -la de los edificios y las calles y, en América Latina, cada vez más extensa y difusa- y el ser urbano, la urbanización, constituida por la imaginación del habitante que se sueña a sí mismo como ciudadano, como miembro de una comunidad con la que sólo puede aspirar a tener contactos efímeros, virtuales.

Uno de los modos más comunes en que los latinoamericanos imaginan sus centros es, precisamente, a través del choque entre ciudad y urbanización, entre territorio y mapa. Los espacios centrales y patrimoniales son percibidos como el fundamento de la identidad de la ciudad, son sus íconos, pero paralelamente estos son desocupados por desplazamientos

hacia los suburbios y tienen crecimientos poblacionales negativos. “Tal pareciera ser, entonces, que el proceso de urbanización en Latinoamérica aleja cada vez más a la ciudad de su centro mientras éste adquiere mayor relevancia a nivel simbólico y político” (pp. 55).

Esta contradicción da cuenta también de espacios con identidades duales: son los primeros lugares a los que los ciudadanos piensan en llevar a sus amigos o parientes extranjeros, pero en la cotidianeidad son los lugares que sólo visitan por obligación; son sectores llenos de gente durante el día, pero prácticamente vacíos en las noches; son el centro del poder político y económico, pero se los suele percibir desde los discursos del miedo y la inseguridad con la instalación de la policía como nuevos protagonistas urbanos. El centro se percibe, imaginariamente, como el “lugar del pasado” (p. 64) del que se siente nostalgia.

En ese contexto se sitúan los esfuerzos por reactivar los centros, recuperarlos como espacios de interacción ciudadana, que Silva menciona tangencialmente, pero que están en el foco del ensayo de Daniel Hiernaux: “Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques imaginarios y otros conflictos)”.

En estos intentos se cristalizan y chocan dos modos de concebir los centros históricos desde fuera de ellos, sin consideración al punto de vista de sus habitantes: uno patrimonialista y otro moderno. La mirada patrimonialista propone la conservación de “las marcas físicas y de las manifestaciones culturales que estuvieron en boga en épocas anteriores” (p. 33), bajo el supuesto de que ese pasado común es parte fundamental del presente. En el acercamiento posmoderno, en cambio, el espacio pierde su sentido de lugar, se lo entiende como carente de historia, por lo que las marcas físicas de la ciudad se perciben como los retazos de otro presente, que puede ser sustituido, refuncionalizado y privatizado por uno nuevo en una yuxtaposición de estilos. Mientras el primer punto de vista, con su

foco en el sentido de lo urbano como público y compartido, permite acoger a los residentes y usos tradicionales de la ciudad, el segundo implica la eliminación de ellos, la marginación de lo que dio sentido simbólico a ese centro. Por lo mismo, el autor juzga de modo lapidario el modelo posmoderno, ya que considera que segrega, espectaculariza y desvincula el centro de sí mismo y su pasado. Como alternativa postula un modelo del que no da detalles concretos, basado en un imaginario patrimonial menos restrictivo en el que se ofrezcan “propuestas con sentido para transformar a los centros históricos en espacios que posibiliten un modelo distinto de ciudad y de sociedad” (p. 39).

La (in)seguridad: imaginarios topofílicos y topofóbicos de la periferia

Si bien se definió como asunto los imaginarios de la inseguridad, la aproximación concreta llevó a los ensayos, más bien, hacia un dibujo de los modos conflictivos en los que se aprehenden estos miedos en los bordes de la ciudad, tanto en los suburbios de clase media y alta como en las poblaciones de escasos recursos.

Precisamente, la distinción entre las connotaciones respecto de la segregación de los conceptos de periferia y suburbio sugieren la distancia entre los imaginarios del miedo entre los barrios acomodados y aquellos marginales en el artículo “Nosotros y los otros: segregación urbana y significados de la inseguridad en Santiago de Chile” de Rosa María Guerreiro.

Los significados y la vivencia de la inseguridad son disímiles entre ambos grupos: para los entrevistados de las comunas más pobres la ésta es resultado de la pérdida de referentes sociales y personales de seguridad como el Estado o el trabajo fijo, del estrés de una vida urbana rápida y ruidosa, del deterioro de las relaciones familiares, mientras para los de los

sectores más acomodados ésta es un resultado de la segregación urbana, en la que lo desconocido se percibe como causante de miedo, del individualismo y de la pérdida de los valores compartidos por ellos.

En ambos espacios, estas carencias se encarnan en un miedo a lo externo, a sus redes básicas. Para los sujetos de clase alta ése “afuera” es un espacio claro y definido: los barrios periféricos -un contrasentido si se considera que los suburbios acomodados se ubican en Santiago también en la periferia- donde residen un montón de estereotipos de los que sólo se conoce -y se necesita conocer- a través de lo que dicen los medios. Para los de clase baja “afuera” es un territorio indefinido y disperso -la calle, otros barrios, el transporte público- desde el que acechan tanto ciertos estereotipos como sujetos que pertenecen a la comunidad, pero que la ponen en conflicto -los jóvenes.

Este miedo al otro que se percibe como amenazante desde los intersticios de la ciudad es lo que, según Alicia Lindón en “Del suburbio como paraíso a la especialidad periférica del miedo”, lleva a una subversión del imaginario topofílico estadounidense del suburbio como un paraíso en el que, quien puede pagarlo, puede ser libre de fundar su propio espacio, su propia historia cerca de la naturaleza, lo suficientemente lejos de la ciudad como para no sufrir sus externalidades -ruido, tensión, velocidad- y lo suficientemente cerca como para disfrutar de sus beneficios -servicios públicos y comercio-. En los márgenes de la Ciudad de México, incluso entre los más pobres, se mantiene este imaginario como deseo, pero es resemantizado: el espacio y la libertad se convierten en desprotección y oscuridad desde la que el otro acecha; la naturaleza se traduce en precariedad. De ahí, recuperan López, Méndez y Rodríguez en “Fraccionamientos cerrados, mundos imaginarios”, que se configuren como respuestas defensivas como los fraccionamientos cerrados, las comunidades rodeadas de rejas.

Todas estas similitudes y tensiones en los modos de acercarse a la ciudad desde la inseguridad dan cuenta finalmente de un modelo “que incentiva la interacción entre grupos homogéneos social e identitariamente y el debilitamiento de un modelo fincado en la diversidad” (p. 114).

Apropiación del espacio público: estética y poder

La última entrada al texto es más amplia y diversa, tiene menos coherencia interna: trata sobre las apropiaciones diversas a través de las que los ciudadanos viven los espacios públicos de sus ciudades.

Miguel Ángel Aguilar escoge la dimensión estética, entendida como “las formas significativas que emergen en la vida de la ciudad, formas que para acceder a ellas requieren, y son producto, de una sensibilidad generada en el contacto y tránsito en los espacios urbanos” (p. 137). Analiza, entre otras manifestaciones concretas de este acercamiento a la sensibilidad de la urbe, las representaciones de la fotografía periodística. En ella conviven los espacios de la noticia, lo excepcional, la ruptura, el choque, la invasión de los espacios por las multitudes y la exclusión del sujeto al más puro estilo benjaminiano, con los de lo cotidiano, con la recuperación de lugares en los que se sitúa al lector como transeúnte cómplice que descubre los reductos de una ciudad con aura desde la crítica, el juego o la denuncia.

El paisaje como manifestación de las disputas entre poder y esfuerzos ciudadanos contrahegemónicos es la preocupación de Camilo Contreras en “Paisaje y poder político: la formación de representaciones sociales y la construcción de un puente en la ciudad de Monterrey”. El autor analiza la construcción de un puente, por un lado, como una manifestación de la ideología dominante en la ciudad: Monterrey como representación de

la grandeza del capitalismo y el empresariado. Sin embargo, en contraste con esta imposición sobre el paisaje se instituyen otros discursos como la asignación de nombres paródicos a la estructura junto con otras manifestaciones alternativas, liminares sobre la escasa funcionalidad del puente, su carácter innecesario respecto de otras prioridades, de la percepción de que fue impuesto a los ciudadanos, de que fue una expresión de la distancia de las clases políticas con la contingencia y de su afán de dejar memoria de sí mismas y de que, a pesar de todo eso y como en otros casos similares, terminaría siendo un icono de la ciudad. Finalmente, un mismo objeto, que para unos es un sello de lucimiento es reinterpretado como “estrategia de los adversarios políticos para desacreditar a su creador” (p. 185).

Queda fuera, por falta de espacio, el análisis de otros de los ensayos del libro, pero valga recordar que comparten con estos su carácter de paseo por los recovecos de la ciudad junto y desde la subjetividad de sus habitantes. *Lugares e imaginarios de la metrópolis* abre la mirada hacia la complejidad de estas manifestaciones, de las posibilidades de recorrido que ofrecen las redes humanas que las componen y pone en evidencia las fracturas que se esconden en los estudios urbanos que no recuperan esta dimensión cultural. El lector encontrará esa disputa académica, jugada a través de los conceptos que quien haya incurrido mínimamente en el mundo de los estudios culturales encontrará a veces repetidos, junto con referencias a imágenes y vivencias de la ciudad latinoamericana en las que podrá reconocerse. La coexistencia de esos puntos de vista y la constante aparición de esas instantáneas de la ciudad hacen del libro una lectura sugerente.

María Constanza Mujica Holley

Profesora de la Facultad de Comunicaciones
Pontificia Universidad Católica de Chile